

ct

La espera

o Dos días antes de que todo cambiara

de
Esther Lázaro

(fragmento)

A Luis.

Barcelona, 24 de enero de 1939.

APOLONIA

Hay que irse. ¿Me oís? ¡Hay que irse! Vamos, venga, vamos, daos prisa. Hay que salir de aquí. Aquí no nos podemos quedar. ¡Venga!... Qué parsimonia me traes, hijo. Nos tenemos que ir. Están al caer, lo sé bien. Vamos, vamos, vamos. Hay que irse. ¡Hay que irse! ¡Moveos! Haz el favor de ayudarme con eso. Anda. No, no, coged lo que... ¡No te lleves eso! ¿Para qué quieres esos legajos? No, hijo, no, eso no es imprescindible. Ah, bueno, si te sobra sitio en la caja... Sí, ya lo sé. Pero ¿qué quieres que te diga? Mejor así, no perdemos tanto tiempo en recoger. Cuando no hay qué recoger... No lo sé, hijo, no lo sé. Me lo ha dicho la Encarna. Pues lo sabe porque su marido está metido en... en eso, en esas cosas. Ay, pues yo qué sé qué cosas, cosas de la guerra. Que lo sabe y punto. ¿Pues qué Encarna va a ser? La de la esquina, la de Sepúlveda. Sí, esa, esa. Exacto, eso mismo, ¿y qué he dicho yo? Pues a eso me refería, a la Confederación esa. Bueno, venga, ¿eso ya está? Muy bien, ayúdame con esto ahora. No hay tiempo que perder. Hay que irse. ¿Y cómo quieres que lo sepa, hijo mío de mi alma? Si estuviera tu padre aquí, otro gallo nos cantara. Sólo sé que nos tenemos que ir de aquí, y si puede ser hoy, mejor que mañana. No, hombre, no, ¿cómo vamos a intentarlo otra vez? Hay que irse hacia arriba, para el norte. Ay, ¡no me pongas más nerviosa de lo que ya estoy! ¡Ya te he dicho que no lo sé, hijo! ¿Dónde se ha metido tu hermano? Ya debería haber llegado. Tú, Mariano, ¿por qué no te acercas a la trapería y le mandas llamar? Seguro que está todavía ahí, ese niño no se entera de nada... Mira que le dije que, en cuanto hubiera movimiento, dejara lo que estuviera haciendo y se viniera corriendo para casa. Pero nada, como quien oye llover... Sí, claro que movimiento hay cada día, pero no como este. Bueno, ya lo sé, sí, ya lo sé. Pero mira, va a ser hoy el día en que nos vamos a ir. ¡Pues ahora iré a preguntar!... Tú ve a por tu hermano y tú quédate aquí por si llegara y vigila a Pepe, que yo vuelvo en seguida. E id guardando también algo de comida para el viaje. Qué comida, qué comida... Mira, Emilio, ¡no te me pongas descarado, que te arreo! Algún trozo de pan tendréis por ahí escondido, ¿no? Quedaos aquí, que ahora vengo. Bueno, sí, tú vete, claro. Si es que no sé qué haces todavía aquí, ¡ya podrías estar en Gran Vía!

¡Encarna! Encarna. ¿Qué noticias hay? ¿Pero eso es seguro? Jesús, María y José... Si ya se veía a venir. Mis dos mayores dicen que ha habido un pacto. Pues un pacto, un pacto para perder. Desde que se llevaron a los hombretones esos extranjeros que lo dicen, mi Mariano y mi Luis. Hija, ya, qué van a saber ellos, pero como todo el día andurrean, algo habrán oído. Que cuando el río suena... Bueno, mujer, no te pongas así, si yo no estoy diciendo nada de Antonio, si tu marido es muy honrado. Pero ya me dirás tú para qué tuvieron que despedir a toda esa buena gente que había venido aquí por nosotros. Sí, bueno, eso de la libertad y de luchas contra el fascismo es muy bonito, pero esta guerra es nuestra, ¿sí o no? Pues ya está, vinieron por nosotros. Y si se los llevaron de vuelta a Checoslovaquia o a donde sea que vivan, pues será que ya nosotros no les importamos tanto a los que mandan. Que mis niños tienen sesera, sobre todo el Luis, y no creo yo que digan eso por decir... Que sí, mujer, en cuanto llegue se lo preguntamos. He mandado al otro a por él, porque no sé dónde se ha metido, y ya les he dicho que hay que irse pronto, porque están al caer. Que hay que irse. ¿Vosotros os vais también? Claro, claro, sí... Jesús, tú dirás. Desde luego, cuanto antes mejor. No quiero ni pensar qué nos harán esos moros que dicen, como entren antes de que nos hayamos ido... Pues eso estaba haciendo, coger lo imprescindible. Pero, mujer, la verdad, si es que

nosotros lo imprescindible lo perdimos ya hace dos años... Lo poco que tenemos es prescindible. Cuatro trapos y para de contar. En un baúl nos cabe todo lo de los cinco. Y hasta queda espacio para una cajita que tiene Emilio con recortes y que no quiere dejársela aquí. ¿Pues qué le voy a decir, a la criatura? Si ese es su entretenimiento, pues que le dure. Que es el que más me cuida de Pepe cuando nosotros andamos fuera. ¿Qué le voy a decir? Claro, faltaría más, ve, ve. Estaremos aquí en la casa, sí. Si quieres pasarte, aquí nos encuentras, no creo que nos hayamos ido todavía. Ale, ve con Dios... ¡con salud! Perdona, hija: manías que tiene una que no se le quitan por más que... Sí, nos vemos ahora cuando vuelvas. ¡Que haya suerte!... ¡Encarna! Encarna, disculpa, una cosa... ¿Tú sabes dónde podemos...? ¿O qué hay que hacer para irse...? Paseo de Gracia, sí. Subiendo a la derecha. De acuerdo. ¿Y le digo que vamos de vuestra parte? Ah, de acuerdo, de acuerdo. Estupendo. Muchas gracias, Encarna, de verdad. Saluda a Antonio de mi parte. Id con cuidado. ¡Gracias!... Virgen Santa, ¿todavía no han llegado tus hermanos? Si son ya las diez de la mañana, ¡se nos va a echar el día encima! Pepe, hermosura, ven aquí, trae, ven que te ponga bien la chaquetica, que vas a coger frío en la calle. Abrígate tú también, Emilio. Bueno, les esperamos diez minutos más, y, si no vienen, vamos tirando nosotros. Ya me he informado de a dónde hay que ir. A ver, coge tú de una de las asas, a ver si podemos... uy, déjalo, hijo, déjalo. Este trasto pesa más que un muerto. Sí, ya sé que va medio vacío, pero es el armatoste en sí. Ya nos costó Dios y ayuda traerlo desde Sant Antoni... Sí, claro, pero ahora no podemos pedirle a nadie que nos eche una mano. Bastante tiene ya cada uno con lo suyo, ¿que no lo ves? Si estamos todos igual, y aquí no deja de llegar gente y más gente. Pues nada, no hay que decir nada. Nosotros vamos donde nos han dicho, y ahí ya nos ayudarán a salir. Pues no lo sé, hijo, no lo sé... Espero que no, la verdad, porque ya no tenemos nada para vender... Mira, si no fuera por este, nos iríamos a pie, como se van muchos. Pero Pepe no aguantaría ni tres horas andando... No, ricura, no, que nos conocemos. A los dos minutos querrías que te llevara en brazos, y tu madre no está ya para esos trotes... A ver qué nos dicen los hombres estos a los que vamos a ir a ver. No, deja, deja eso, da lo mismo. Pues precisamente, ¡ya no vendrá de un mueble menos!... Vete tú a saber dónde estarán... Pero es igual, ya no los vamos a necesitar más. Tampoco podríamos llevárnoslos, ahora. ¿No ves que hay gente que los coge y luego los deja por ahí tirados? No se puede andar acarreando muebles, Emilio, no digas tonterías. No, ni siquiera con una carreta de las que alquila tu hermano... Míralos, ¡hablando del rey de Roma, por la puerta asoma! ¿Dónde os habíais metido? A ver, ayudadme los dos con el baúl, que no hemos podido levantarlo antes... Esperad, esperad, a la de tres. Una, dos y... Que no, que dejadme a mí también, que tengo fuerza. Mariano, que no, que yo os ayudo, que os vais a hacer daño los dos solos... ¿Lo veis? No hay manera, no se puede. Pues no sé, hijo, no sé cómo lo trajimos. Nos ayudaron los chicos que había en el puesto donde lo compramos, ¿no te acuerda? Si tú venías conmigo. Sí, esos dos que había allí. Y dale, ¡el otro!... Pero vosotros ¿en qué mundo vivís? ¿Os parece que la gente no tiene nada mejor que hacer que ayudarnos a nosotros, ahora, con la situación que hay? ¿¡Cómo van a ser rumores?! ¡Rumores, dice! Que yo lo sé de buena tinta, que lo ha dicho Antonio, que era del ejército y conoce gente allí. Y además, si no hay más que ver la de movimiento que hay desde hace unos días, que no deja de subir gente. Como siempre no, Mariano, no como siempre. Con la de horas que te pasas haciendo el golfo por las calles, no sé cómo no te fijas un poco más en las cosas, hijo. Bueno, venga, que hay que irse. No, a Paseo de Gracia. Iremos a un local de la CNT-FAI. Ya lo sé, pero no importa: vamos de parte de Encarna y Antonio. No, a ver, poneos más ropa, que no creo que volvamos ya. Comer, comer, comer, sólo pensáis en eso, criaturas... Pues cuando se pueda, Emilio, cuando se pueda. Qué sé yo. Igual nos dan algo en el sitio este. ¿No tenías una corteza de pan escondida? ¿Ves? ¿Qué te dije yo? Que te la guardaras para cuando hubiera necesidad... ¡Pues más necesidad aún! Dame la mano, Pepe. Venga, vámonos ya, *que és tard i vol ploure*. Buenos días... camarada. Mire usted, venimos de parte de Antonio Carratalá y de su señora la

Encarna, que nos han dicho que teníamos que venir aquí para salir. Sí, eso, eso mismo. Pero verá usted, nosotros es que no... No, somos sólo nosotros cinco, los cuatro niños y yo. Pero que le decía que no tenemos carné ni... Sí, sí, claro, de los suyos somos, sí. Por eso queremos irnos, claro. Mi marido votó al presidente Azaña en las últimas elecciones, a Izquierda Republicana. ¿Yo? Pues lo mismo, ¿a quién iba a votar yo? Servidora a quien mi marido me dijo, faltaría más. No, mi marido nos dejó. No, no, nada de eso, que se fue, que nos dejó, que... falleció, vamos, que se murió ya hace ahora año y medio. Uy, no, mi Mariano bendito no, si no sabía ni matar a una mosca. La tuberculosis se lo llevó. Fíjese usted, qué cosas. Toda la vida trabajando en la era y viviendo en pueblos y cuando venimos para la ciudad... nada, visto y no visto. Claro, ya me dirá usted, allí pues ni nos hubiéramos enterado de que tenía eso en el pulmón. Pero los médicos de ciudad, pues claro, son otra cosa. Una moneda de cincuenta céntimos tenía el pobre hombre en el pecho. No hubo nada que hacer, ni cinco meses nos duró, pobrete. Y eso que se portaron muy bien los médicos y nos lo llevaron aquí arriba, al hospital del Espíritu Santo –con perdón–, en Santa Coloma. Estábamos entonces en Terrassa, ¿sabe?, allí en el Vallés, en casa de mi cuñado, de su hermano, y yo iba casi todos los días a verle al hospital de tuberculosos. Y nada que decir. Estuvo ahí muy bien, mi pobre Mariano. Y ahí lo vamos a dejar enterrado, claro, ¿qué le vamos a hacer? No podemos llevárnoslo con nosotros... Ay, por supuesto, perdóneme usted, es que los nervios se me ponen todos en la lengua y ya ve cómo va, que echa humo. Dígame usted, ¿qué hay que hacer? Porque ya le digo que no tenemos carnés de los suyos... Bueno, ni de ninguno, que papeles no tenemos tampoco. Somos refugiados, de la zona del Aragón. Pues muy bien. Y, óigame una cosa, ¿el viaje... lo paga la República o...? Ah, menos mal, porque ya estaba yo preocupada por si costaba algo. Madre mía, pues que Dios se lo pague lo que están haciendo por todos nosotros ustedes, de verdad. Ay, perdone, que se me ha caído Dios de la boca, pero no quería yo decir eso... Usted ya me entiende. ¿Y ahora qué? Ah, claro, esperar, sí... Pero, ¿hay que esperar mucho? Ya veo... ¡¿Toda esta gente?! Virgen Santa, ¿y ya dará tiempo de que nos evacuen a todos? ¿Cuántos cabemos en esos camiones? De acuerdo, claro... Ah, no, por eso no se preocupe, si ni equipaje llevamos. Lo poco que teníamos lo hemos dejado en la casa, porque lo hemos metido en un baúl pero no lo movemos. A estos críos míos les fallan ya las fuerzas... Tú dirás, claro, con el hambre que están pasando... ¿Nos van a dar ustedes algo de comer mientras esperamos? Oh, claro, claro, no, perdone, faltaría más, no quisiera yo abusar. Bastante hacen ustedes ya, bastante. Muy bien. Pues muchas gracias. Pues vamos a esperarnos ahí y ya nos avisan cuando nos toque... Ah, sí, de acuerdo, no vamos a movernos de la cola, por supuesto. Gracias, gracias, de verdad...

Niños, venid aquí. Aquí, vamos a ponernos en este rinconcito de aquí, detrás de estas mujeres. A esperar. Al camión. Sí, a un camión que va a venir para llevarnos para arriba. Claro, Pepe, a todos. ¿O es que crees que vamos a dejarte aquí solito? Pues un rato. Un rato largo, me parece a mí, porque tenemos a toda esta gente delante. Pues a donde nos lleve, no lo sé, ya tanto no he preguntado. Digo yo que habrá alguna parada en la frontera o algo así. Todo el mundo se está yendo para allí... Si es que ya os lo he dicho yo: hay que irse. ¿Pues qué quieres que hagamos, hijo? Trabajar, como hemos hecho aquí. Lo que se pueda. Si no se puede, pues no se puede. Pero vamos, que por intentarlo no va a quedar. Y eso va por ti, Mariano, que eres el cabeza de familia y el que menos ayuda. Con la de papeleo que hubo que hacer para reclamarte, ¿verdad, Luis? Y la caminata hasta Horta que nos pegamos tu hermano y yo... Descuida, que si yo llego a saber que luego te ibas a pasar los días andurreando de aquí para allá, apareciendo cuando te viniera en gana, y sin hacer el más mínimo esfuerzo por encontrar una ocupación, allí te hubieras quedado, en el cuartel. Sí, eso lo dices ahora porque no estabas allí, pero llega a vivir tu padre y a ti te mandan al Ebro, hijo. ¿O te crees que te hubieran tenido siempre en la retaguardia? ¿Y qué más da la edad que tengas? ¿Acaso te echaron para atrás cuando fuiste voluntario a alistarte? Ah, pues tú dirás. Si con catorce años les

pareciste bueno, con dieciséis todavía mejor. De verdad, hijo, ¡cómo te gusta darme disgustos!... ¿A quién se le ocurre irse a los puestos esos que pusieron ahí en la plaza? En mala hora nos dieron refugio al lado, que de no haberlos vistos... Pues no, hijo, no. Porque ¿cuándo hubieras pasado tú por plaza Universidad, si no? Ya te lo digo yo: nunca. Que te paseas mucho por allí, pero porque está al lado del hotel. Del hotel donde vivimos, Pepe. Sí, vivimos en un hotel, ¿no te habías dado cuenta? No, claro, porque ya no funciona como un hotel de verdad, ahora es para que vivamos los refugiados. Sí, se podría decir que sí, que nos lo dejan. No, corazón, no creo que nos vayan a dejar otro hotel en Francia... O quizás sí, vete tú a saber. Vamos a ver si al llegar encontramos a vuestra tía María, que me dijeron que se habían ido para allá cuando llegaron los nacionales al pueblo. Claro, el tío y la prima también. Por lo mismo que nosotros, hijo. Porque Franco es muy malo, ya lo sabéis que lo dice todo el mundo. Sí, veremos a la prima cuando lleguemos a Francia, Pepe, no te preocupes. Seguro que ella también tiene ganas de veros. ¿Qué pañuelo? Ah, pues es verdad, sí. Pero ese no es el de la prima, ese es del señor que nos deja subir al camión. Bueno, seguro que la prima tiene más y te da uno cuando la veas. No, Pepe, no te pongas pesado, ese no puede ser, es del señor. Sí, del camarada, Mariano, del camarada... Qué pesadito te pones con los nombres, hijo. ¿Y tú qué sabes si no tiene nada de señor? A mí me ha parecido muy educado, cuando hemos hablado. No parecía un pueblerino como nosotros, vamos. Que también algunos señores son de la cosa esta de las luchas del pueblo. ¿Qué es eso de faista? No seas malhablado, Mariano. Ah, bueno, de la FAI, sí, ya. Pero igualmente puede ser un señor. Pues un señor más radical, ¿por qué no? Ale, venga, pues para ti la perra gorda. Cómo se nota que eres mañico, hijo... Tienes la misma cabeza dura que tu padre, Dios lo tenga en la gloria. ¿Qué quieres, ricura? ¡Pepe! ¿De dónde has sacado eso? Emilio, ¿no estabas vigilando a tu hermano? Deja ya los recortes esos, haz el favor. A ver, corazón mío, ¿qué te había dicho yo? ¿Por qué has ido a pedirle el pañuelo al señ-... al camarada? Pero si la prima tiene muchos, de estos, ¿para qué va a querer otro? Ah, bueno, si te ha dicho que él también tiene más... Sí, trae, que te lo ato aquí al cuello. Emilio, basta. Sí, ya lo sé, yo también tengo hambre y no me estoy quejando cada dos por tres. Hay que aguantar un poco, ¿de acuerdo? No sé si nos van a dar algo o no, ya veremos. Es pronto aún, sólo son las once y media, y anoche cenamos... Claro que habrá comida en Francia, Pepe. ¿Tú qué te crees? ¿Qué los franceses se alimentan del aire, como nosotros? Allí no están en guerra. Por eso hay que irse de aquí. No, hijo, no, ahí las píldoras del doctor Negrín seguro que no llegan. Y, si las hay, serán sólo lentejas. Vamos a estar muy bien, ya veréis.